

# *Geopolítica de la Esperanza*



*Construyamos una praxis  
para afirmar la vida y la justicia*

**Juan Luis Hernández Avendaño**



Instituto Universitario  
**SOPHIA**  
América Latina y Caribe



Programa  
Latinoamericano  
de Tierras

Hacia una Fraternidad posible



# *Geopolítica de la Esperanza*



*Construyamos una praxis  
para afirmar la vida y la justicia*

**Juan Luis Hernández Avendaño**



Instituto Universitario  
**SOPHIA**  
América Latina y Caribe



Programa  
Latinoamericano  
de Tierras  
Hacia una Fraternidad posible



A lo largo y ancho del mundo, a pesar del “mal común” como llama Ignacio Ellacuría, el Rector Mártir, a las injusticias estructurales, han sobresalido múltiples iniciativas orientadas a construir un mundo más justo y fraterno. Veamos tres ejemplos globales. El primero de ellos es el esfuerzo de la UNESCO que desde 1992 planteó 4 saberes para la humanidad (aprender a ser, aprender a pensar, aprender a resolver, aprender a convivir con otros) que, si fueran seguidos por las escuelas a lo largo del planeta, tendríamos una realidad más digna, complementados por los aportes de Morin (1999) sobre los siete saberes necesarios para la educación del futuro y su reflexión utópica sobre la vía para el futuro de la humanidad (2011).

Otro ejemplo es la Agenda 2030 (2016) para el desarrollo sostenible en la que la ONU animó a todos los países y naciones a comprometerse con 17 objetivos para que la humanidad alcance en el menor tiempo posible prosperidad, paz, equidad, sostenibilidad. Los fraseos de estos objetivos no dejan lugar a dudas de lo que se busca: “fin de la pobreza”, “hambre cero”, “igualdad de género”, “trabajo decente”, “reducción de las desigualdades”, “ciudades y comunidades sostenibles”, entre otras metas. Estos objetivos tienen rutas en actores educativos, empresas, gobiernos, organismos de la sociedad civil y significan la posibilidad de un trabajo cooperativo y colaborativo entre el sector público, privado y social. Un ejemplo más son las propuestas de acción transformadora que asumieron los movimientos populares del mundo en diálogo con el Papa Francisco en el que plantearon una agenda para defender los derechos humanos, la democracia participativa, el agua como bien público, reforma agraria integral, reforma laboral para el trabajo digno, reforma urbana para vivienda humana y digna, construcción de una ciudadanía universal. Aún más, el Papa Francisco, en plena pandemia del Covid-19, anima a superar los desafíos globales “desde abajo” en “La vida después de la pandemia”.

Apenas unos cuantos ejemplos de muchos conocidos y desconocidos que impulsan desde ya marcos referenciales utópicos y prácticos, agendas de política pública y de activismo local. Res-

puestas organizadas o caóticas pero que significan el despertar de los pueblos y las personas, la animación de conciencias adormiladas. Y en este sentido, valdría la pena pensar y pensarnos como actores sociales para documentar la “negación de la negación”, es decir, que organicemos la esperanza frente a la desesperanza.

A veces pareciera que somos unos cuantos predicando en el desierto. No es así. Entre la apatía y la participación, la vida pública se sucede sin cesar. ¿Qué hacer frente a esta complejidad que se agolpa a veces con expresión de imposibilidad de hacer? No obstante, aquí y allá, en medio de la noche oscura y el paradigma dominante de la desesperanza, emergen distintas formas de resistencia, organización comunitaria y popular, activistas locales, “gladiadores” antisistema, articulaciones y redes que buscan una respuesta humana, justa y fraterna al largo túnel del capitalismo voraz.

Desde las periferias planetarias, pero también, desde los centros neurálgicos de los países más ricos, irrumpen rebeldes de todo tipo, contra el orden establecido, contra los partidos tradicionales, contra las élites políticas rapaces y kakisocráticas, contra las transnacionales depredadoras y extractivistas, contra el capital que abusa de los bienes naturales, contra patriarcados, machismos y clericalismos históricos, contra la inhumanidad de la humanidad.

El exilio del bien común está siendo contestado, resistido y contrarrestado, pero la fuerza del “mal común” y sus pedagogías que lo propagan son robustas, afectan y minan las conciencias, adormecen potencialidades y desmovilizan respuestas. No está siendo fácil animar la esperanza en medio de la desesperanza colectiva, no parece sencillo organizar una praxis sostenida en la esperanza de un mundo o una casa común con mayor bienestar para todos, pero afortunadamente camina junto a nosotros el Dios de Jesús, el que escucha los clamores de su pueblo, y desde este pozo espiritual se alimenta nuestra convicción de que se necesita construir una Geopolítica de la Esperanza para un mundo roto, insolidario y moralmente ciego.



En este sentido, propongo y animo cinco campos en los que se podría trabajar una Geopolítica de la Esperanza: 1, la epistemología; 2, la praxis; 3, la espiritualidad; 4, la ética y; 5, la geopolítica propiamente dicha. Veamos las características de cada campo.

### **1. La Epistemología de la Esperanza**

En este campo queremos ver, analizar e interpretar la realidad con perspectiva profética. ¿Cómo y para qué hacemos análisis de la realidad? A lo largo de las últimas tres décadas he sido testigo de una manera de ver la realidad que pone énfasis en la maldad que nos rodea, en las injusticias que nos lastiman y desesperan. Pero esa manera de sobreestimar el mal y subestimar las buenas noticias, deja a las personas impotentes. Al único no se preguntan ¿y yo qué puedo hacer frente a este sistema que me rebasa? Muchos análisis de la realidad terminan por deprimir a la gente, la desmovilizan, la desesperan aún más. Ese análisis se convierte en una “apología del desastre” pero sin aliento para pensar alguna alternativa.

Estoy convencido que si hacemos así análisis de la realidad, a juzgar por los resultados, ¡¡más valdría no hacer análisis de la realidad!! Mejor no hacer un tipo de análisis de la realidad que involuntariamente le hace el trabajo a las pedagogías del mal. Las pedagogías del mal son aquéllos aprendizajes que se movilizan con gran eficacia a través del miedo, la desidia, la apatía, la indiferencia. La injusticia estructural se sostiene en la convicción de que jamás podrá ser derrotada. Y muchos análisis de la realidad desvelan las “entrañas del sistema”, le caracterizan y le tipifican, acaso para ponerle nombre a un Goliat invencible.

Frente a ello, como cristiano, politólogo y ciudadano, he creído imprescindible hacer un tipo de análisis de la realidad con un método que he llamado “profético”, el Análisis Profético de la Realidad. No es otra cosa que recuperar la praxis de los profetas de Israel. Por un lado, ser incisivos y valientes en denunciar el “mal común”, las injusticias intolerables, el abuso de los más vulnerables, la banalidad del mal; pero también, y quizás con mayor fuerza, anunciar las buenas noticias de nuestro tiempo, descubrir el paso de Dios en nuestra historia presente, identificar las pedagogías de la esperanza, los actores y sujetos que nos inspiran en

nuestro caminar, las resistencias de las personas y los pueblos, las vidas cegadas por el poder pero recuperadas en las luchas que continúan.

Pero seamos más precisos. Desde mi punto de vista se debe hacer análisis de la realidad con un solo objetivo: nutrir la esperanza de una tierra nueva, de un nuevo cielo, de una nueva humanidad. Como en la parábola de la lámpara que no se esconde bajo la cama, sino para dar luz a la habitación, así el análisis de la realidad debe dar luz a nuestro caminar en el siglo XXI, un siglo que ya nos mostró la pandemia del Covid-19, será de incertidumbre, pero también de nuevas rendijas y coyunturas para seguir incidiendo; animar nuestros esfuerzos de articulación y red, inspirar opciones y alternativas, ver con claridad el núcleo del que sale la injusticia estructural para pegar en él, para enfrentarlo y quebrarlo.

El Método Profético de Análisis de la Realidad no debe escatimar la denuncia de las injusticias, pero debe tener cuidado en no sobreestimar su invencibilidad. Por otro lado, dicho análisis no debe subestimar las buenas noticias que nos rodean, ni hacer menos las capacidades transformadoras de los pobres y los vulnerables. Un análisis de este tipo acompaña la mirada crítica y propositiva de quien no se lamenta el tiempo que le tocó vivir, sino que agradece la oportunidad para probar nuestras convicciones y creencias.

En este sentido, el método profético de análisis de la realidad sugiere mirar los signos de los tiempos desde tres posiciones epistemológicas:

- a) La realidad es una condición de posibilidad, es una construcción social que admite sostenibilidades, cambios y transformaciones. La realidad no está determinada ni por el destino ni por fuerzas mágicas que la tendrán inalterable. Somos nosotros, las mujeres y los hombres, los actores sociales, los poderosos y los débiles, los que dejan de ser poderosos y los que dejan de ser débiles, los que la tejemos, le damos su característica a esa realidad querida o anhelada.
- b) Las injusticias de nuestra realidad. Se realiza un análisis sobre los acontecimientos de

la realidad, sean coyunturales o estructurales, que afectan como “mal común”, como agudas injusticias y que se convierten en gritos de los pueblos, donde la vida clama. En las reuniones de las comunidades o los grupos de acción, se escogen las injusticias globales de nuestro tiempo, para luego observarlas en nuestro país, nuestra región, nuestro barrio en las dimensiones de la política, lo económico, lo social y lo eclesial, sabiendo que son interdependientes. En este mismo ejercicio los participantes ubican las “pedagogías del mal”, es decir, aquéllos métodos seguidos por quienes buscan que no cambie nada, métodos efectivos que buscan enraizar la injusticia en nuestra sociedad.

- c) Las buenas noticias de nuestro tiempo. El análisis y la sistematización de prácticas transformadoras de la realidad en clave de vida digna, que nutra la esperanza de que hoy mismo el reino de Dios se construye sin plenitud, pero con atisbos de humanidad. Las comunidades y los grupos de acción identifican las principales buenas noticias a nivel global, en nuestro país, en nuestra región, en nuestro barrio. Ubica quién o quiénes están siendo portadores de esperanza, quiénes con su actuar nos animan, nos inspiran, quién o quiénes nos dan testimonio ahora mismo de que la última palabra no es la cultura de la muerte, sino la afirmación de la vida, a pesar de la muerte. Se identifican las pedagogías del bien, es decir, los caminos y los métodos que contagian las buenas noticias, las narrativas, los hechos, aquello que anima, integra, dinamiza, concientiza, forma, cambia, mueve.

Así pues, este método nos anima a iluminar la esperanza, no sólo a creer en ella, sino a documentarla, a ponerle datos, a sistematizarla, a verla con nuestros propios ojos. También este método nos llama a ser enfáticos para analizar las injusticias estructurales, pero igualmente sólidos para reconocer las transformaciones de la realidad de nuestro tiempo. Esta epistemología de la esperanza debe reconocer la “pedagogía del mal” y también la “pedagogía de la esperanza” (Freire, 2009), aquello que nos anima a preparar la mesa para la solidaridad y el bien común o los bienes



comunes. En este terreno no debemos olvidar la necesidad de producir utopías (Tamayo, 2017), fundamentales en el mundo del cinismo profesional y del vaciamiento ético. Nuestro caminar de 10 mil años de historia social y política como humanidad está llena de utopías, sin ellas, muchos de los avances en derechos, posibilidades, bienestar y libertades que tenemos ahora no son explicables sin esos locos y soñadores que nos antecedieron, a pesar de lo mucho que falta por hacer.

Lo que más ha cambiado al mundo son las ideas, por ejemplo, que las mujeres fueran a la escuela, votaran, gobernarán; que desapareciera la esclavitud, que apareciera el derecho a la huelga, que el pueblo eligiera a sus gobernantes. Son miles de ideas las que han cambiado al mundo, y es precisamente el Análisis de la Realidad el campo en que se mueven las ideas. Es ahí donde surgen las interpretaciones de la vida, el escrutinio de los signos de los tiempos, la hermenéutica de los tiempos que vivimos. Pero, sobre todo, es el Análisis de la Realidad Profético el que nos empuja al puerto que queremos llegar, al Reino de Dios históricamente construible, a la plena vivencia de los derechos humanos como plenitud social. Una Epistemología de la Esperanza crea alternativas, produce sentido, configura futuros, documenta buenas noticias, alimenta buenas nuevas,

nutre nuestra resistencia, sistematiza aquello que nos inspira. Esta epistemología se fragua de abajo hacia arriba y emana de una realidad real (Ellacuría) para transfigurarse en una verdadera realidad para los que apuestan a mundos nuevos y hogares acogedores.

## ***2. La praxis de la esperanza.***

Una praxis de la esperanza se concretaría en la resistencia y en la audacia de la acción transformadora de la realidad. Si somos capaces de ver en el Evangelio y en el proyecto de Jesús un horizonte orientador, entonces estamos listos para ser una comunidad de seguidores que, no nos equivoquemos, seremos una minoría, pero una minoría activa, alternativa y resistente. La praxis de la resistencia es posiblemente hoy, en tiempos de capitalismo voraz, y de los múltiples vaciamientos de sentido personal y social, la praxis de las praxis. Resistir es solidaridad y sostener el bien común contra viento y marea, es responsabilidad ciudadana. Oponerse al mal común, ser signo de oposición a la injusticia. Resistir es un signo de esperanza en transformación de realidad.

En esta línea apuntan los aportes del jesuita Hernández Pico desde la UCA de el Salvador siguiendo

do los pasos de la comunidad martirial sosteniendo el eje política y esperanza (2010), del jesuita Pedro Trigo desde su experiencia venezolana con la perspectiva de echar la suerte con los pobres de la tierra (2017) y de Álvaro Artiga en torno a la construcción de una polis desde el pensamiento de Mons. Romero (2017).

Resistir. Fundamental en tiempos de modernidad líquida, del “sálvese el que pueda” del “nunca va a cambiar esto”, del “para que te arriesgas, morirás y no habrás conseguido nada”. No obstante, en muchos lugares de nuestro globalizado planeta, se yerguen iniciativas de organización social, movilización ciudadana, marchas multitudinarias, cantos inspiradores, acciones contrasistema, piratas cibernéticos contra las grandes empresas o los gobiernos autocráticos, movimientos contraculturales, *anonymus* y acciones colectivas juveniles y feministas que están marcando ya el siglo XXI.

Acción, contrapesos a las hegemonías, activismos que despuntan e incomodan al *statu quo*. Radicales y moderados, unos y otros atraviesan las avenidas del cambio social. “Quién dijo que todo está perdido, yo vengo a ofrecer mi corazón”. La Praxis de la Esperanza se teje a fuego lento, en los márgenes de la historia, en la periferia de la sociedad, en los invisibles, en los disruptores, en los creativos, en quienes están sostenidos por una interioridad fuerte, sólida, que no alcanzan a ver los representantes de la injusticia. Una Praxis de la Esperanza se puede explicar desde este modelo que presento, resultado de muchos años de enseñar con mis estudiantes universitarios cómo se produce la transformación social, de dónde surge el cambio cognitivo, el cambio sociopolítico, el cambio de ideas para resistir, construir alternativas, sostener una utopía, o sostener una hegemonía o una injusticia: Veamos:



Toda sociedad, todo país, ricos y pobres, estados consolidados y estados fallidos, tienen esta estructura social. Por un lado, los gobernantes. En algunos países gobiernan presidentes, en otros, reyes o dictadores. Los gobernantes gobiernan con recursos públicos, ejércitos, policías, leyes,

instituciones. La primera relación que hacen es con el sector que aquí llamamos “ideotas”, del griego *ideotes*, es decir, los que no se preocupan por su ciudad, los que creen firmemente que su acción no va a cambiar nada de la realidad, los que no tienen un vínculo que les haga responsa-

bles de su entorno, los apáticos profesionales que sostienen que los gobernantes siempre estarán ahí. A los gobernantes les interesará que grandes porciones de su sociedad sean “ideotas” es decir, que no se preocupen de la cosa pública, que no les resistan, que no se enteren de lo que se hace en las cúpulas de poder. A los gobernantes les interesará que los “ideotas” tengan pan y circo y con ello entretenerlos para que jamás se conviertan en ciudadanos o en pueblos organizados.

Pero toda hegemonía (ideas o grupos dominantes) tiene su resistencia. A toda acción corresponde una reacción. Una tesis genera una antítesis. Los gobiernos más poderosos, las transnacionales más depredadoras, las dictaduras más sangrientas, siempre generan un tipo de resistencia, aunque sea mínima, pero siempre habrá quien se oponga al oprobio. La sociedad civil o el pueblo organizado es la semilla del cambio social, la que procesa las ideas de transformación, la que en-

frenta a las hegemonías con alternativas, cultura de la resistencia, cantos de esperanza, liturgias que mueven al cambio. Nunca lo tendrán fácil. De eso se trata. Los gobernantes tratarán de comprarlos, de cooptarlos, de asesinarlos, de desaparecerlos, lo lograrán con unos, pero no con todos. Los actores sociales del cambio y de la esperanza se multiplicarán con cada torturado, con cada desaparecido, con cada asesinado. La sociedad civil, el pueblo organizado, los de abajo, siempre estarán ahí, interpelando al poder, a las hegemonías (capitalismo, racismo, patriarcado), tejiendo alternativas, desde lo pequeño, desde lo insignificante, desde la palabra buena, desde el testimonio, desde la entrega solidaria. Desde este sector, se construye un contrapeso al poder y en muchas ocasiones es la variable del cambio estructural, la que en un momento dado logra en una coyuntura mover todo el campo de la lucha social, económica y política para que se produzcan grandes transformaciones.



En el campo de los empresarios, las transnacionales y el crimen organizado, se reconoce que es el resultado del neoliberalismo en el mundo. Entendemos al neoliberalismo como la absolutización del mercado. En esta lógica, todo es mercancía, desde los migrantes hasta la salud pública y la educación. En un momento en la historia los gobernantes crearon las burguesías locales o nacionales, pero en las últimas décadas son éstas las que financian campañas políticas y ponen gobernantes, locales o nacionales, sea desde los intereses del gran capital o desde el crimen organizado.

La sociedad civil, el pueblo organizado o los de abajo, una vez más, en los últimos años, también han enfrentado al poder corruptor y abusivo de los actores del mercado y del crimen globalizado. Desde la ciudadanía y las comunidades originarias se resiste y repele la presencia extractivista y depredadora de las transnacionales, también el abuso de las grandes corporaciones y la nueva dominación tecnológica y digital (Amazon, Facebook, entre otras).

En algunos países los gobernantes controlan a los “ideotas”, a la sociedad civil y al mercado. En algunos otros es el mercado y sus actores quienes controlan a todos los demás. Y en algunos países es la sociedad civil la que regula quién gobierna y qué papel debe jugar y tener el mercado, regulado y controlado. La clave de una sociedad con mayor bienestar depende del crecimiento de la sociedad civil o las comunidades organizadas y es ahí donde debemos centrar nuestro esfuerzo formativo, práctico y de esperanza, es ahí donde nuestra Praxis de la Esperanza debe apuntar para ensanchar y robustecer la antítesis al poder hegemónico.

En suma, los gobernantes tratarán de convencernos que nunca se van a ir, el mercado nos convencerá que la felicidad es comprar y los “ideotas” nos dirán una y otra vez que de nada sirve hacer algo por los demás o que nada cambia, o que todo seguirá igual. Narrativas desesperanzadoras nos abordarán cotidianamente. Por ello, una Praxis de la Esperanza construirá una cartografía y un mapa de posibilidades de resistir y movilizar el cambio, una ruta para formar y expandir a los transformadores sociales. Un ejemplo y un testimonio que contagiará a otros. Incluso, a aquéllos

que están en lado oscuro de la realidad.

### **3. La Espiritualidad de la Esperanza**

“Sobre el continente latinoamericano Dios ha proyectado una gran Luz que resplandece en el rostro rejuvenecido de su Iglesia. Es la hora de la esperanza”, así saludaba el documento de Medellín en 1968 a los pueblos latinoamericanos, abrumadoramente pobres y gobernados por dictaduras, pero abrumadoramente llenos de fe en que esa realidad de injusticia y opresión podían y debían ser transformadas en sociedades justas y fraternas. Me detengo en la expresión diáfana y de profundidad evangélica: “es la hora de la esperanza”. El caminar de los últimos 50 años de la iglesia latinoamericana no puede entenderse sin este espíritu, sin esa fe convertida en obras de liberación personal y social, sin esa fe que derivó en la intersección fe-justicia.

La iglesia universal en medio de una de las crisis de credibilidad más agudas de su historia ha volteado a Latinoamérica para escoger un guía espiritual que directa e indirectamente bebió del kairós de Medellín. El papa Francisco en medio de las tensiones y contradicciones que suscita su papado es inequívocamente “medellinesco” al pedir una “iglesia pobre entre los pobres” y al solicitar una “iglesia en salida” o al imaginar a la iglesia como un “hospital de campaña” que cuide, escuche, acoja, contenga, sostenga en medio de los dolores de una humanidad rota. Este tipo de iglesia no es la iglesia aliada con los poderosos, con las élites políticas y económicas, no es la iglesia asociada a los terratenientes, no es la iglesia “ciega y muda” frente a las injusticias más atroces de nuestra querida América Latina. Es una iglesia que está enraizada en una fe del Dios de Jesús que es una fe disruptiva en tiempos de cinismo profesional, de impunidad y corrupción apabullantes. Es una iglesia pequeña, casi invisible, pero es ese grano de mostaza que tarde o temprano fecunda en la sociedad.

La canonización de San Romero de América es aún más atrevida en medio de sectores eclesiales que aún siguen viendo con sospecha a sus mártires. Pero Monseñor Romero ha terminado ya por erigirse en el símbolo de esa iglesia que entendió

Medellín como una iglesia profética, vívidamente seguidora del Dios de Jesús. “En nombre de Dios pues, y en nombre de este sufrido pueblo cuyos lamentos suben hasta el cielo cada día más tumultuosos, les suplico, les ruego, les ordeno, en nombre de Dios, cese la represión”, es el llamado paradigmático de una iglesia que comparte el sufrimiento de su pueblo, pero que apela a la convicción de lo que debe prevalecer en un mundo de hermanos. Esa es obra de Medellín.

La irrupción y disrupción de Medellín trajo consigo un viejo anhelo, planteado por Juan XXIII al convocar al Concilio Vaticano II y recordado nuevamente para 1968 “debe terminar la separación entre la fe y la vida”. En retrospectiva, las últimas cinco décadas han estado iluminadas de millones de experiencias latinoamericanas que fueron tejiendo paciente, pero decididamente procesos de liberación urdidos desde la fe con un celo indeclinable por la justicia. Y en ese caminar la iglesia latinoamericana regó nuestra tierra de miles de mártires, conocidos y desconocidos, testigos de una fe comprometida con los más pobres, a veces dándoles voz, a veces siendo su voz, a veces empoderando su voz. Y por consecuencia, muchos de los que estamos hoy con alguna voz, somos porque Medellín fue, y Medellín fue para que hoy seamos.

Y en esa búsqueda constante de ser fieles al espíritu de Medellín, nos interpela 50 años después el hecho de que Latinoamérica sea hoy escenario de una de las paradojas más inquietantes: nuestra región es en el siglo XXI la región más desigual del mundo, al mismo tiempo es la región más violenta del mundo, complementariamente, es la región más católica del mundo. Podemos leerlo en los siguientes términos: desiguales, violentos, pero católicos. O bien, católicos, pero violentos e injustos.

Esta paradoja la asumo no en el sentido de ver en la religión la variable causal y determinante de lo social y político, sino más bien de reflexionar lo que supone en nuestra región el hecho de que los portadores de los bajos salarios, los sostenedores de la precarización laboral o los concentradores de la tierra, se asuman como católicos, de la misma manera que los sicarios, paramilitares o simples asesinos maten en nombre de un

rostro de Dios distorsionado. Nuestra paradoja nos lleva a cuestionar qué Dios es el que mueve a las élites políticas, empresariales o criminales para acaparar, excluir, aparentar, simular, oprimir, desaparecer. El problema entonces no es el poder o no poder de la religión en una sociedad dada, sino la ética que se desprende de esa religión, en este caso, la ética cristiana, en sociedades violentas e injustas.

Uno de los efectos de privilegiar el dogma y las prácticas religiosas de una fe es perder el centro, el eje neurálgico, la sustancia, es decir, la espiritualidad de esa fe. En América Latina está muy reconocida y vivida la práctica religiosa, pero muy escondida la espiritualidad cristiana. Ya lo decía el obispo que hizo historia en la diócesis de San Cristóbal de las Casas, Chiapas, México, en el marco de las conferencias preparatorias de la segunda conferencia del episcopado latinoamericano en Medellín, Colombia, en 1968: “si en la iglesia primitiva se bautizaba a los convertidos, nuestra tarea hoy es en cambio la de convertir a los bautizados” (Ruiz, 2018, 137).

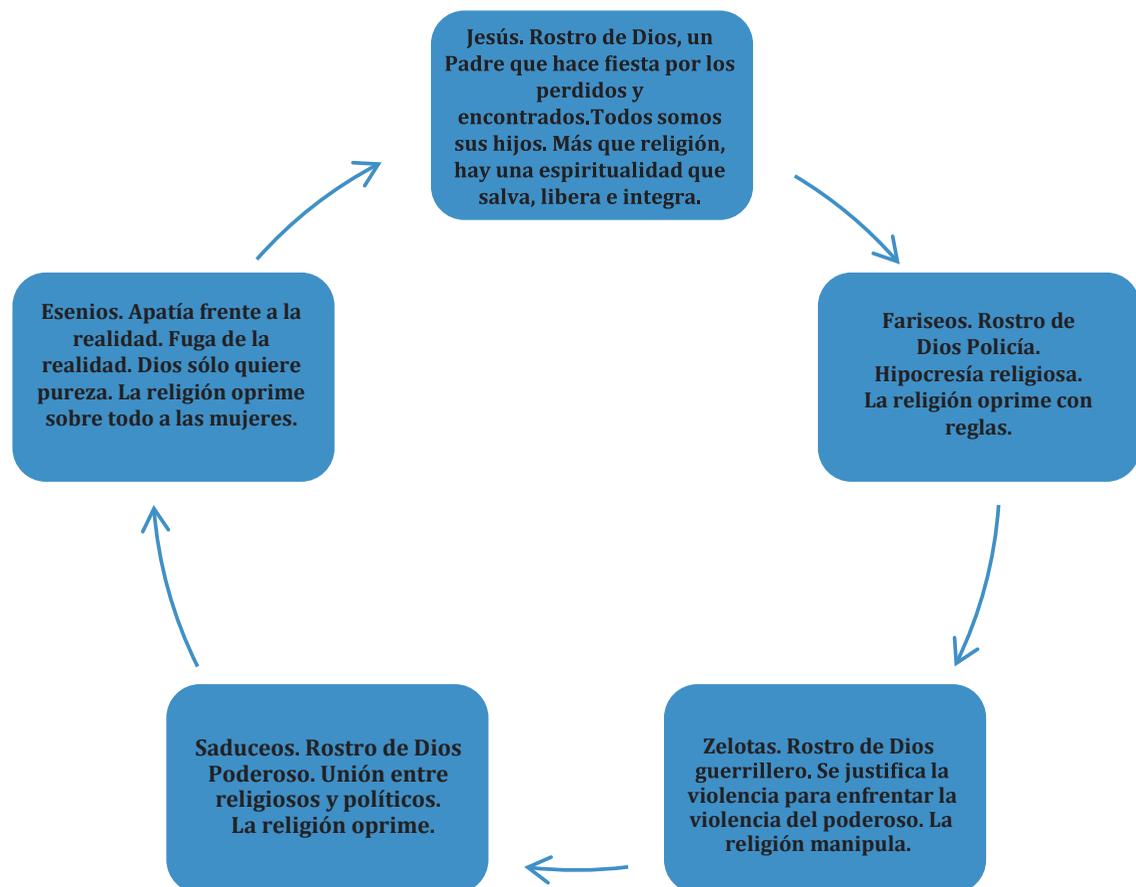
Ha pasado medio siglo y seguimos constatando que es más fácil para muchos ir a una peregrinación que pagar mejores salarios a sus trabajadores. La religión sigue siendo asumida como lo más fácil de llevar, si hay que llevar algo. Ya lo decía Marx: “La miseria religiosa es, por una parte, la expresión de la miseria real y, por la otra, la protesta contra la miseria real. La religión es el suspiro de la criatura oprimida, el corazón de un mundo sin corazón, así como es el espíritu de una situación carente de espíritu” (1974).

Sin embargo, las condiciones objetivas de pobreza, desigualdad, opresión y violencia de América Latina detonaron experiencias de una vivencia cristiana de compromiso social que rebatirían la tesis marxista de que la religión era el “opio de los pueblos”. Desde Medellín, la religión vivida como espiritualidad en la acción, se convirtió en “la liberación y concientización de los pueblos”. En virtud de que la matriz de violencia y desigualdad se ha acrecentado en nuestro continente, se hace preciso recuperar esa espiritualidad cristiana que entrega la vida por los demás y que sólo puede ser reconocida como una Espiritualidad de la Esperanza.

Y uno de los aspectos centrales y concretos de esta Espiritualidad de la Esperanza es el discernimiento. Una Espiritualidad de la Esperanza anima, prepara y forma en el discernimiento. Sociedades como las nuestras, violentas, injustas e impunes, nos ofrecen cotidianamente dilemas para enfrentar, resolver, reflexionar. El discernimiento para descubrir la voluntad de Dios en nuestra realidad se convierte en una necesidad esperanzada. Una espiritualidad de la esperanza se conmueve con el pueblo crucificado y prepara un banquete para la humanidad anunciando la resurrección en nuestro diario caminar. En nuestros procesos comunitarios, formarse en el discernimiento es esencial y prepara para las decisiones y posiciones que más tarde habrá que dar en el terreno de lo público.

Pero en esencia, la Espiritualidad de la Esperanza bebe directamente de la praxis de Jesús, ese ilustre desconocido en América Latina, conocido más por el cine o por la religiosidad popular que por sus apuestas y su plan para que todos tengamos vida, y vida en abundancia. Presento a continuación un esquema cristológico que me ayuda a entender el rostro de Dios que se defiende en muchas partes del mundo y el rostro de Dios que una Espiritualidad de la Esperanza tendría que defender.

Este esquema explica la posición de Jesús en el campo simbólico de su realidad en el siglo I de Palestina. En general, la mayoría de los teólogos y exégetas suelen estar de acuerdo que en tiempos de Jesús había cuatro grupos de interpretadores de la realidad, es decir, de promotores de un rostro de Dios determinado para darle orden a la sociedad. En mi esquema esos grupos con los rostros de Dios que defienden se explicaría así:



De esta manera, podemos apreciar que el problema del cristianismo católico en muchas partes del mundo, pero, sobre todo en América Latina, es que ha nutrido su catequesis y su manera de hacer iglesia, la mayor parte del tiempo, con ideas religiosas saduceas, esenias o fariseas y ha despreciado la honda y profunda espiritualidad que se desprende de la praxis de Jesús.

En concreto, una Espiritualidad de la Esperanza emana y bebe de la Espiritualidad que el propio Jesús hizo praxis. El teólogo José Antonio Pagola afirma que “Jesús es la Palabra de Dios hecha carne” (2014). En el prólogo del Evangelio de Juan se encuentran uno de los aportes más hermosos a esta espiritualidad: “el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros”, una espiritualidad de la historicidad de Dios Padre que ha escuchado “los clamores de su pueblo”. Como muchos otros aspectos de la Biblia, este pasaje puede pasar desapercibido para quien lo lea, o encuentre en él palabras no del todo inteligibles, quizás abstractas. Pero acaso lo que debemos ver es un Padre bueno cuyo rostro de Dios se hace con nosotros al andar, que decidió acompañarnos en nuestras luchas y esperanzas. La Espiritualidad de la Esperanza tiene su fuente primera en la espiritualidad de la encarnación.

La encarnación puede entenderse como la “irrupción de Dios en nuestra historia”. Esa “irrupción” significa que “Dios ha tomado carne en Jesús”, y estando en él, Dios anuncia un plan para que todos tengamos vida y vida en abundancia.

Pero ese plan no es discursivo, es praxis. Jesús, que defiende un rostro de Dios Padre, camina en la Palestina del siglo I en medio de pobreza, desigualdad, opresión, injusticias. Y en medio de la desesperanza del pueblo pobre, Jesús acoge, cura, defiende, ama y perdona, dice Pagola. De esta forma, una Espiritualidad de la Esperanza se nutre de una praxis que acoge, cura, defiende, ama y perdona.

No, la encarnación no es un discurso. Es una irrupción que nos invita a ser discípulos de Jesús en nuestro trabajo, nuestra familia, nuestras apuestas comunitarias, nuestros deseos y luchas. Y todo ello en medio de tensiones y conflictos que tenemos en el día a día. Jesús no quiere discípulos perfectos. Eso no existe. Quiere que, a pesar de nuestras debilidades, errores, egoísmos y afectos desordenados, sepamos acoger, curar, defender, amar y perdonar y con ello sostener una Espiritualidad de la Esperanza.



Mientras más avanzamos en el siglo XXI descubrimos que la humanidad se deshumaniza, los padres de familia abandonan al garete del “todo se vale” a sus hijos, muchos maestros hacen que enseñan y muchos alumnos hacen que estudian; muchos empresarios hacen dinero contaminando y corrompiendo, mientras que muchos políticos hacen negocios desde el poder. Nos movemos en el mundo de la simulación, las apariencias, las máscaras; tener supone para muchos, ser. La alienación nos acecha por doquier. En la era de la hiperinformación estamos más desinformados. El 80% de la información que circula en las redes sociales, es falsa. “Sálvese el que pueda” es el grito que se escucha frente a la violencia irracional que nos rodea. Por todo esto, una Espiritualidad de la Esperanza que entiende la irrupción de Dios entre nosotros, se asumirá como una respuesta “salvadora” y “esperanzadora”. Esas son nuestras apuestas o nuestros proyectos, respuestas que alientan la esperanza en la formación de hombres y mujeres capaces para los demás, en la construcción de sociedades más justas. Y si esa espiritualidad queremos expresarla religiosamente podemos hacer fiesta. Así pues, no escatimemos en esfuerzos para conocer mejor la praxis de Jesús, pues conociéndola estaremos mejor preparados para defender la Espiritualidad que emana de ello.

#### 4. *Ética de la Esperanza*

Desde hace 40 años vivimos la globalización neoliberal. El mercado se convirtió en el nuevo dios. Los gobiernos se convirtieron en gerentes de las grandes empresas nacionales y transnacionales. La tierra y los recursos había que depredarlos. Todos fuimos llamados a consumir. Todos fuimos convertidos en mercancías. No tardaron en llegar la desigualdad, las migraciones, el cambio climático, el crimen organizado global, los kakistócratas (el gobierno de los peores), la violencia generalizada. Pocos ganadores, muchos perdedores.

Adicionalmente, el filósofo esloveno Zizek dice que la gente actualmente vive “drogada” y que “hay que despertarla”. El sociólogo polaco Bauman afirma que enfrentamos la “ceguera moral” de la gente; Lipovetsky se lamenta que vivamos en la “era del vacío” y Sloterdijk plantea que algo debemos hacer frente a la “razón cínica” que nos

rodea. Unos y otros apelan que atravesamos la era de la no ética, de sociedades “adiafóricas”, es decir, de sociedades cuyas acciones ya no están sometidas a ser evaluadas por preguntas incómodas, por un rasero valoral mínimo para caer en la más indigna humanidad: “sí maté, y qué”, “sí robé, y qué” “sí contaminé, y qué”. Pero esa convivencia sin mínimos éticos nos conduce al “estado de naturaleza” donde “el hombre es el lobo del hombre” y a sociedades con leyes de la selva y darwinismo social en donde los más fuertes (élites políticas, económicas, crimen organizado) se imponen sin piedad al resto de la población.

Sin embargo, los modelos de sociedades salvajes han existido todo el tiempo, a lo largo de la historia. Y lo más interesante es que justamente en los picos más deshumanizadores y crueles de los tiempos más oscuros surgieron liderazgos éticos que retaron y desafiaron las leyes de la selva como Jesús, San Francisco, Gandhi, Luther King, Monseñor Romero, Hipatia de Alejandría, Bertha Lutz, Rosa Parks, Malala, Norma Laferte (Mon Laferte), liderazgos éticos para crear, construir, desvelar, escuchar, avisar, defender, inspirar, movilizar.

Cada uno de estos liderazgos éticos vivieron en sociedades cerradas por fuertes hegemonías, es decir, ideas dominantes que parecen inamovibles (esclavitud, capitalismo, patriarcado, racismo, dictaduras, violencia) y aun así decidieron retar ese status quo como constructores de paz, de diálogo, de resistencia activa, de arte disruptivo, de voz valiente en medio de las armas; en suma, visionarios y visionarias de su tiempo, personas y personalidades que no quisieron seguir a la muchedumbre masificada siguiendo la música de los poderosos o del encanto de la ignorancia desmovilizadora.

De esta manera, una Ética de la Esperanza, no suele surgir en los mejores momentos de la humanidad, sino todo lo contrario, en aquellas épocas de terror y oscuridad propias de una humanidad perdida, sin brújula ética o moral, enamorada de la superficialidad, el consumo, el narcisismo, el éxito fácil a costa de los demás. Lo más deslumbrante de los liderazgos éticos es que surgen justo cuando más se necesitan, cuando la aventura del ser humano parece irse definitivamente al despeñadero de la historia.



Y en este tiempo de pandemia global, uno de esos liderazgos éticos que llama a la Esperanza es el Papa Francisco. En su encíclica *Laudato Si*, ya advertía que el planeta no resistía más ese cinismo depredador, ese modelo económico que destruye ecosistemas para tener más acumulación de capital. Y la respuesta no ha tardado en aparecer, un virus zoonótico, resultado de la mutación de virus, esos que se encubran por la industria agropecuaria y en nuestra tendencia a sostener el antropoceno, ese dominio irracional nuestro sobre la naturaleza que ya no es sostenible.

Esta pandemia nos está demostrando que hoy necesitamos más que nunca recuperar la brújula ética de nuestra andadura humana. Esta recuperación implica una *Ética de la Esperanza* que pone su praxis en el modo de proceder del cuidado. El cuidado, hoy más visible por los daños del Covid-19, atraviesa tres dimensiones: la instauración de una economía del cuidado, la recuperación de la ciudadanía como cuidado de la casa común, y la apelación a las preguntas éticas en los principales procesos que nos circundan, como la migración, la propiedad de la tierra, el consumo, la tecnología, los derechos humanos, la política, la economía social, etc. Ciudadanos es decir cuidadores, se hacen cons-

cientes de los procesos globales y de las posibilidades locales. Requerimos formar, animar y potenciar a los ciudadanos *glocales*. Pensar globalmente y actuar localmente hace posible el que nos hagamos cargo de la realidad. Las sociedades más prósperas, pacíficas y sostenibles son aquellas que se vuelven corresponsables con sus gobiernos, que no esperan, que actúan, que se organizan, que plantean proyectos, que resisten o se movilizan. El mundo nos necesita despiertos, activos, comprometidos. Y en ese despertar público, en esa praxis glocal se teje minuciosamente la *Ética de la Esperanza* al poner en marcha pequeños o grandes gestos de cuidado, de la tierra, del agua, del territorio, de los bosques, de los bienes naturales, de los bienes comunes. Cuidar lo que nos espreciado, cuidar la vida, cuidar la identidad que nos hace fuertes, cuidar lo sagrado que heredamos de nuestros ancestros, cuidar a quienes nos necesitan.

En suma, paralela y transversalmente una *ética del cuidado* y de cuidarnos los unos a los otros haría más saludables y más humanas nuestras convivencias sociales, nuestros encuentros con los diferentes, nuestras cohabitaciones obligadas. Esta *ética del cuidado* puede ser fuente de esperanza, de resistencia, de inspiración y de

consolación. Esta ética del cuidado prepara la mesa del encuentro, amasa la solidaridad, endulza el corazón de quien promueve el bien común, incluye a los que no son como nosotros, a los que piensan distinto, a los perdedores de la globalización, a los desheredados de la tierra. Es lo que Leonardo Boff denomina “pasar al paradigma del cuidado” en la construcción de sujetos críticos, creativos y cuidadores (2019). Esta ética del cuidado define nuestra Ética de la Esperanza.

### 5. Geopolítica de la Esperanza

La epistemología, la praxis, la espiritualidad y la ética de la esperanza se concretan en un territorio determinado, en un lugar, en un espacio en el que sucede la vida humana, donde permanentemente está en juego la existencia y la muerte, la vida buena y los despojos de la misma. Normalmente es en el territorio local, donde vivimos,

donde nos construimos, donde la gozamos o la sufrimos. La “Geo” alude a la tierra, al territorio. En los últimos años se ha puesto de relevancia la importancia del territorio. Para los amantes del capital, el territorio es una mina para explotar y ganar. Para los pueblos y los ciudadanos, el territorio debe ser el lugar para cuidar, defender y resignificar la vida, hacerla buena. Estamos invitados a hacer política territorial.

¿Pero qué es política? La palabra política viene del griego “polis” que significaba “ciudad” o “comunidad”. Por eso, la política debe entenderse como el cuidado de la ciudad, el cuidado del lugar donde vivimos. En el mundo antiguo, la existencia de las personas estaba dada por su lugar de origen, por ejemplo, Pablo de Tarso, Jesús de Nazaret, Alejandro de Macedonia, aún más claro el de María de Magdala, que dio el nombre de Magdalena. El lugar, el territorio, la polis o la ciudad le daban el nombre y apellido a las personas. Eso significaba que las personas se debían a su ciudad, tenían un de-



ber con ellas, cuidarlas. Y eso era política, eso era hacer política, cuidar el bienestar de las ciudades. Recordemos que en el mundo antiguo no había distinción entre lo público y lo privado; por ello, el bienestar de la ciudad era automáticamente el bienestar de la persona.

Así pues, la política no es lo que hacen los políticos, sobre todo los de ahora. Hemos usado la palabra “kakistocracia” (el gobierno de los peores) para referirnos a lo que muchas élites políticas, nacionales o locales, hacen. La kakistocracia alude a quienes, siendo ignorantes, amantes de la riqueza y tiranos, son de cualquier manera electos para gobernar, pervirtiendo el sentido de la democracia y pervirtiendo nuestros territorios. Por ello, nunca estará de más recordar que la política se inventó para cuidar la vida social, el bien público, y se inventó para que la hiciéramos los cuidadores, es decir, los ciudadanos, de ahí viene también la palabra “ciudadano”, el sujeto que ejerce el cuidado de la ciudad, el sujeto que hace política para cuidar el lugar donde vive, junto con otros.

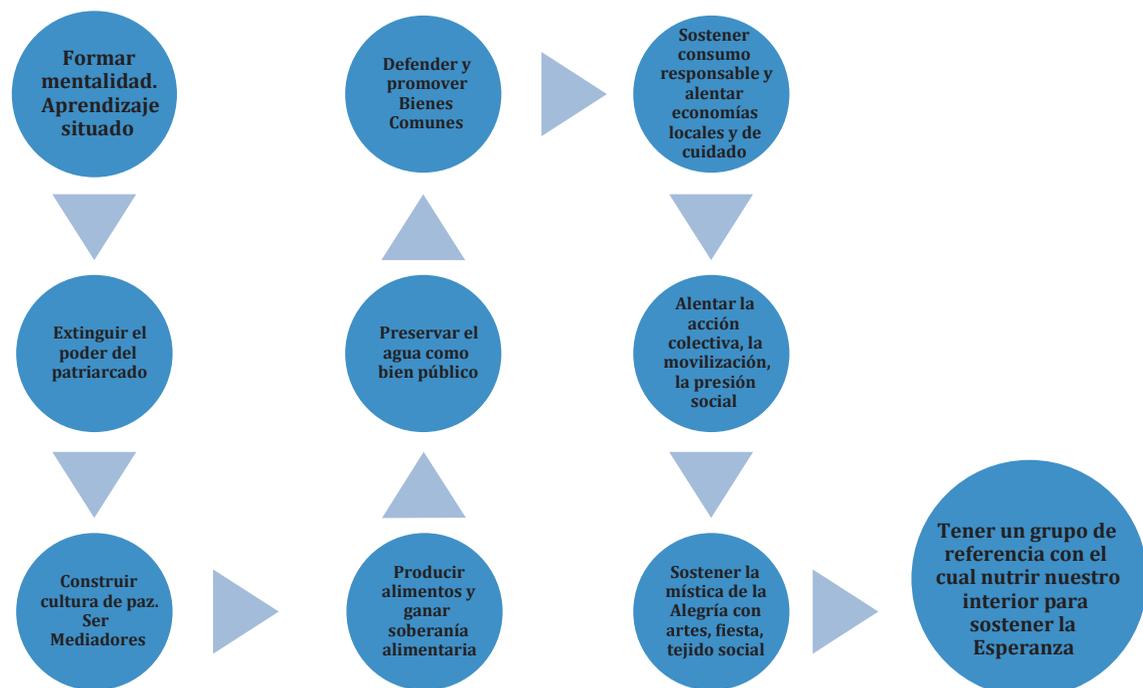
A eso nos referimos cuando decimos que hagamos “política territorial”, que hagamos causa común para defenderlo, recrearlo, reconstruirlo con ética y estética, dotarlo de contenidos. El crimen organi-

zado se nos adelantó en la intuición de controlar el territorio, muchas veces ante la omisión y complicidad del estado. Hoy estamos llamados a recuperar nuestro territorio, a llenarlo de vida, a construir proyectos sustentables, integrales, educativos. Sí, estamos invitados a la audacia de lo posible/imposible. Y esa audacia es la audacia de un liderazgo ético, cívico y político que enfrente proféticamente la desesperanza, el “mal común” y las pedagogías desmoralizadoras e inmovilizadoras de las ciencias y los actos.

Este liderazgo puede detonar 10 procesos en el territorio, luchar por ellos, hacerlos efectivos, contagiar a otros, inspirar a otros tantos. En el siguiente esquema aprecio los campos de incidencia de un liderazgo como el que estamos soñando:

En muchas partes de América Latina se está trabajando en éstos y otros muchos campos que defienden la vida y la esperanza. No abundo en ellos. Sólo recalcar que no se necesita trabajar en todos ellos de una sola vez. Cada territorio, cada comunidad o grupo organizado puede empezar con alguno de ellos y ese será el punto de partida que llevará naturalmente a otros caminos.

Me interesa en todo caso, ir cerrando este planteamiento en tres aspectos en que nuestro liderazgo ético, cívico y político puede detonar para



construir una Geopolítica de la Esperanza.

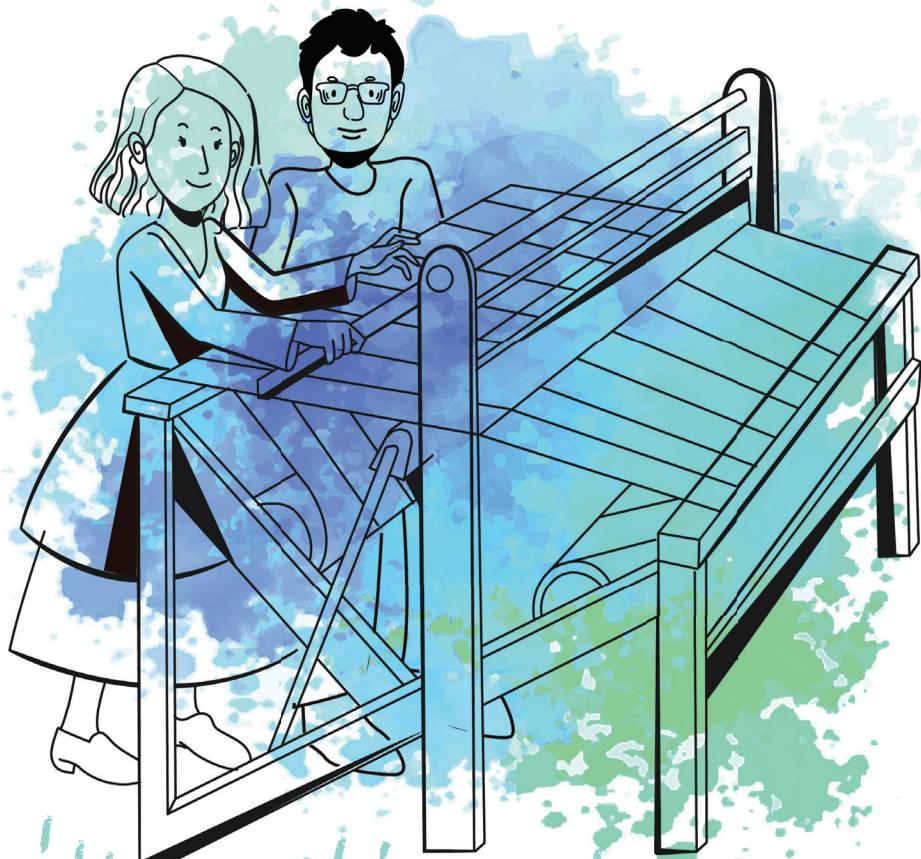
El primer punto es la formación de la mentalidad. La experiencia con algunos gobiernos de izquierda en América Latina de los últimos años es que fueron razonablemente exitosos con algunos sectores sociales empobrecidos que lograron avanzar hacia mejores condiciones, sobre todo de ingresos. Pero esos pobres que dejaron de serlo, al menos en parte, se volvieron consumidores, se volvieron aspiracionales de la clase media, siendo buena parte de las clases medias latinoamericanas conservadoras, consumidoras y elitistas. En este sentido, una Geopolítica de la Esperanza necesita formación, trabajo de ideas, construcción de pedagogías. Lo que siempre ha movido al mundo han sido las ideas, ellas son las que movilizan, inspiran, agitan, vinculan o articulan. Queremos movilizar un tipo de educación, pero no cualquier tipo de educación, sino una educación que tenga como primera asignatura los problemas de la realidad.

A este tipo de educación le llamamos Aprendizaje Situado (Díaz-Hernández, 2018). El Aprendizaje Situado es una estrategia educativa y pe-

dagógica que hace posible aprender desde, con y para la realidad. La solidaridad, el bien común, la inclusión, la igualdad, la preparación de la mesa común son experiencias que se aprenden, son pedagogías que se propagan. El aprendizaje situado bebe de Sócrates y Jesús, pedagogos de la realidad; también de Paulo Freire y de todas las corrientes constructivistas que apuestan por una educación que tenga como misión principal transformar la realidad. Esta educación y este aprendizaje lo entendemos posible tanto en la escuela formal como en los proyectos de educación popular, puede suceder en la calle, en casa o en un salón de clases.

El aprendizaje situado también es una mística para ser profesor, mediador o facilitador de procesos formativos. Esta mística anima a estar interesados en interesar a los no interesados y seguir interesando a los que ya están interesados. La educación en América Latina necesita liberarse y ser liberadora.

Regresemos al espíritu que mueve estos sueños y estas apuestas: Medellín. En 1968 los obispos señalaban “Nuestra reflexión sobre este panorama



nos conduce a proponer una visión de la educación más conforme con el desarrollo integral que propugnamos para nuestro continente; la llamáramos la "educación liberadora"; esto es, la que convierte al educando en sujeto de su propio desarrollo. (...) Para ello, la educación en todos sus niveles debe llegar a ser creadora, pues ha de anticipar el nuevo tipo de sociedad que buscamos en América Latina; debe basar sus esfuerzos en la personalización de las nuevas generaciones, profundizando la conciencia de su dignidad humana, favoreciendo su libre autodeterminación y promoviendo su sentido comunitario".

Hemos avanzado en muchas áreas los últimos 50 años. En este caminar se despertó una conciencia liberadora que cambió para siempre cada uno de los países de nuestra región. Los avances convivieron con los retrocesos y los estancamientos y desde entonces apreciamos pasos que nos dan esperanza, pero también pasos atrás que nos desmotivan y desmovilizan. Una Geopolítica de la Esperanza recoge de dónde venimos y proyecta y/o prospecta un futuro con utopía y profetismo, y en este punto, una educación situada necesita formar una mentalidad que defienda la esperanza como modo de lucha.

Un liderazgo ético, cívico y político nuevo debe hacer praxis con un verbo: esperar. Y ese esperar no debe cejar en el propósito de oponerse a la hegemonía de la ley del hombre como lobo del hombre. Ese esperar debe negar la negación que supone el dominio entre nosotros de la ferocidad depredadora. Ese liderazgo ético, cívico y político no puede ser ciego y mudo frente a la injusticia, sino que en ese hacerse desde abajo, desde las regiones locales, desde la esperanza de los débiles va adquiriendo la fuerza profética que transforma paciente, pero hondamente los territorios que habitamos. Para todo ello necesitamos hombres y mujeres convencidos apasionadamente de esta tarea, y para ello es indispensable la formación de una mentalidad situada.

Un segundo aspecto para recalcar y profundizar es identificar qué o quiénes ya están haciendo trabajo territorial glocal. En mi experiencia de caminar por América Latina identifico que sólo hay dos instituciones que sobreviven en medio de la crisis generalizada de representación, de

agregación de intereses, de autoridad moral: la escuela y la parroquia. Ambas están presentes en la vida local, articulan personas y procesos, convocan a actores diversos y heterogéneos. Cada una a su modo y en su tarea, forman, orientan, inducen, influyen, opinan, actúan, organizan, hacen de la palabra la narrativa que interpreta lo que se vive, viven lo que interpretan. Educación y evangelización. Ahí está lo que hoy convoca y también los actores que pueden ofrecer contención, regulación, contenido, producción de sentido, horizonte humano y humanizador, agenda de transformación.

Por supuesto que la escuela y la parroquia son también ejemplos vivos del neoliberalismo, pues también en muchas partes de nuestra región, ambas se organizan para ser buenos negocios, para adormecer conciencias, para hacer que hacen sin hacer, para construir procesos de simulación. Pero no negando esto, también, afortunadamente, escuelas y parroquias o capillas son luz en medio de la oscuridad para los territorios donde están. Escuelas y parroquias o capillas tienen detrás una infraestructura que facilita el encuentro, la formación, la construcción de proyectos, acaso como una irradiación al barrio, a la comunidad.

En otras experiencias que conozco, ante la ausencia de una escuela o una parroquia que construyan una Geopolítica de la Esperanza, han aparecido proyectos de educación popular que sostienen Centros Comunitarios, Cooperativas, Huertos, proyectos de economía social y solidaria, entre otros modos de llenar de contenidos de vida el territorio.

En suma, la Geopolítica de la Esperanza se urde y teje en el territorio con la política de la presencia. Estar presentes, presentes para convocar, para hacer juntos, para resistir, para crear proyectos, para formar y formarnos, para animarnos en la alegría de tener una fe esperanzada.

Por último, podemos acudir a nuestra historia humana para poder recordar que, aunque la humanidad insista una y otra vez en dejar de ser humanidad, siempre han existido valientes que en medio de la noche más oscura animan la esperanza del amanecer. Ana Frank, por ejemplo, símbolo/víctima del horror nazi, escribe en la pasta de su diario

“se amable, ten valor”. Cada tanto, nuestras épocas civilizatorias nos recuerdan que el ser humano suele ir muy lejos en los límites de su soberbia, autoreferencialidad y culturas de la muerte contra sí mismo. Nunca ha habido fórmulas mágicas para la resistencia, la contracultura, las acciones antisistema, la recreación de la vida, la resignificación de lo que nos construye como seres humanos, como sociedades más justas y fraternas.

Pero lo que sí hemos aprendido es que quienes tienen el poder político, económico o simbólico se miran a sí mismos como invencibles, capaces de dominar a los demás eternamente, sin saber, sin sospechar, sin intuir que, en la vida sencilla, en los márgenes de la historia, en la periferia hu-

mana, se auspicia una pequeña llama, una chispa de esperanza, una palabra de aliento, una alegría compartida, un coraje movilizador, una valentía osada. Ahí, en lo pequeño se urde el principio del fin de imperios, dinastías, reyes, dictadores, camarillas, caciques, patriarcados, racismos y modelos esclavistas que parece que siempre han estado ahí, que parece que nunca se van a ir, pero muchas de esas formas se han ido, muchas de ellas siguen aún entre nosotros; por ello, el fuego que moldea una sociedad más justa y fraterna surge en el halo de quien ha albergado en su interior una propuesta, un proyecto, una agenda, una palabra o una acción para detonar hacia el exterior una Geopolítica de la Esperanza.

## Bibliografía

Artiga González, Álvaro. 2017. Una sociedad según el corazón de Dios: la polis cristiana en el pensamiento de Mons. Oscar A. Romero. El Salvador: UCA editores, 262 p.

Boff, Leonardo. 2019. Pasar al paradigma del cuidado. Agenda Latinoamericana mundial 2019. México, Ediciones Dabar, 30-31.

Delors, Jacques. 1997. La educación encierra un tesoro. México. UNESCO, 302 p.

Díaz Rosales, María Alejandra y Juan Luis Hernández. 2018. Aprendizaje Situado: transformar la realidad educando. México. Tercera edición, 127 p.

Ellacuría, Ignacio. 1994. Utopía y profetismo. En Conceptos fundamentales de la Teología de la Liberación. Ignacio Ellacuría y Jon Sobrino. Tomo I. Madrid, España. Trotta, 393-442.

Freyre, Paulo. 2005. Pedagogía del oprimido. México, Siglo XXI Editores, 248 p.

Freyre, Paulo. 2009. Pedagogía de la esperanza. México. Siglo XXI Editores, 226 p.

Marx, K. (1974). "Contribuciones a la crítica de la filosofía del Derecho de Hegel", en K. Marx-F. Engels, Sobre la Religión, Salamanca, p. 94.

Morin, Edgar. 1999. Los siete saberes necesarios para la educación del futuro. México, UNESCO, 108 p.

Morin, Edgar. 2011. La vía para el futuro de la humanidad. Madrid, España. Paidós, 297 p.

Pagola, José Antonio. 2014. Jesús, una aproximación histórica. México. PPC Editorial, 574 p.

Ruiz, Samuel. 2018. La evangelización en América Latina. En Revista Medellín, mayo-agosto de 2018, num. 171, 121-148.

Tamayo, Juan José. 2017. La utopía, motor de la historia. Madrid, España. Fundación Ramón Areces.  
Trigo, Pedro. 2017. Echar la suerte con los pobres de la tierra: propuesta para un tratamiento sistemático y situado. México. Universidad Iberoamericana Puebla/ITESO, 162 p.

UCA Editores. 1980. La voz de los sin voz. La palabra viva de Monseñor Romero. San Salvador. UCA Editores.

• **Político mexicano, con 25 años de docencia, investigación y gestión de lo académico en las universidades jesuitas de Ciudad de México y Puebla, con la misión de hacer de la educación una respuesta a la realidad. Formado en las Comunidades Eclesiales de Base. Fundador de la Cátedra Ignacio Ellacuría de Análisis de la Realidad presente hoy en 7 universidades de Iberoamérica. Co-creador del método de Aprendizaje Situado. Analista político en medios de comunicación con la perspectiva de empoderar a los ciudadanos. Colaborador de la Escuela Social del Episcopado Latinoamericano. Miembro del Programa Latinoamericano de Tierras. Miembro de Amerindia Continental. Esposo de Alejandra y papá de Juan Luis y María.**

© Juan Luis Hernández Avendaño  
Diseño y diagramación: Ciudadnueva

Título original:  
Geopolítica de la Esperanza:  
construyamos una praxis para afirmar la vida y la justicia  
©2020



